

La evolución política de Neruda



Jorge Carrasco

Las dudas y el tiempo

En una entrevista que concedió a Pacho O'donnell el amigo y biógrafo de Neruda, Jorge Edwards, afirmó que cuando Salvador Allende fue elegido presidente de Chile, Pablo Neruda le expresó: " Lo veo todo negro ".

Las fuerzas de izquierda habían llegado al poder y uno de sus líderes más queridos había perdido la confianza en el proyecto socialista. ¿Qué ideas y circunstancias alentaron su pesimismo? ¿Qué había pasado para que _ según la imagen del propio Edwards – el revolucionario convencido se transformara en una especie de cardenal togado que cumple con la formalidad de los ritos religiosos pero que carece de toda fe.

Este trabajo intenta mostrar, brevemente, su evolución política e ideológica desde su origen y en sus diversas etapas. El recorrido nos mostrará a un Neruda flexible en su inmovilidad ideológica, ajeno al dogma y a la obediencia ciega. Es opinión compartida por muchos estudiosos de su obra asumir que Neruda fue un revolucionario ineludible, seguro de sus ideas políticas, festejado por la complacencia y el ditirambo de gobernantes izquierdistas. Pero vamos a ver que su aparentemente sólida posición doctrinaria estaba llena de porosidades, dudas y desencuentros.

A través del tiempo, el dogmatismo fue perdiendo consistencia, combatido desde adentro por su ingobernable conciencia, por su apego inquebrantable a los valores que fundaron su compromiso.

Este trabajo se basará, para confirmar los argumentos, en la expresión del poeta. En Neruda, como en pocos poetas, obra y existencia estuvieron siempre ligados. En su obra

hallamos todo lo que el poeta vivía, imaginaba, sentía y pensaba. Es justamente a través de un repaso de sus poemas como vamos a encontrar su posición precisa (circunstancial a veces, profunda en otras) en el contexto de todo su panorama ideológico.

Desde los primeros poemas manifiesta “ *una sensibilidad abierta al dolor y al sufrimiento de los demás, un ánimo de identificación y de redención de las tristezas ajenas* ”, según opinión de Hernán Loyola, uno de los principales estudiosos de su obra. Agrega Loyola que el propósito inicial de Neruda era “ *oponer el poderío del canto lírico a las fuerzas sórdidas que envilecen la realidad. En cambio, como buen anarquista, desconfiaba de la acción y de la lucha organizada* ”.

Su tendencia política no se decidió por un hecho abrupto. La conciencia social de Neruda fue precoz. Ya en su adolescencia se rebela contra la injusticia y la explotación del hombre por el hombre. Y en un texto que no apareció en libro, escrito en la adolescencia, manifiesta una postura antimilitarista que más adelante desarrollará en la última etapa de su vida.

*Aún se detuvo a interrogar a otro hombre.
Y éste le dijo: -Soy soldado. En la paz no hago nada, en la guerra, mato. Encarno la Fuerza de la lucha con la Idea. Soy el recipiente del Pasado. Por dos cuartas de tierra mataré hombres, destrozaré ciudades, robaré, violaré, moriré. Mando sin "para qué" y obedezco sin "por qué". Soy soldado.
Y díjole el Maestro: -Hermano, desgarras tu vestidura de guerrero, arroja tus armas y rebélate, que estás ahogando el Porvenir.
Pero el soldado no le escuchaba.*

El sentimiento solidario, sin embargo, todavía es vago, ambiguo, y sólo da cuenta de la angustia general que padece el poeta. Esta angustia traspasó varios de sus libros: *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor*, el ciclo de las tres *Residencias*, entre otros.

Su militancia comunista comienza en España, después de su llegada en 1934 para hacerse cargo de su cargo consular. Allí Neruda, aunque ya casado, conoce a Delia del Carril, una argentina descendiente de ricos hacendados que se había hecho comunista. “ La comunista era ella ”, dijo alguna vez Rafael Alberti, el poeta español que se convertiría en su amigo, y agregó que por entonces Neruda era muy tibio en cuestiones políticas.

La entrada en el partido comunista fue un hecho decisivo en la vida y en la obra de Pablo Neruda. El poema *Reunión bajo unas nuevas banderas*, de *Tercera residencia* marca su introducción en la contingencia histórica. De la poesía pura, alejada de la realidad, pasa a " la poesía sin pureza ", a la poesía manchada por el acontecer humano. Y en ese compromiso superador su objetivo es doble: "cambiar la vida ", como pretendía Arthur Rimbaud, y "transformar el mundo ", como postulaba Karl Marx. Unir en una misma voluntad la rebeldía moral y la militancia política.

El nuevo compromiso no sólo cambió el ritmo de su existencia, sino que perforó su sentido estético y el tejido lúgubre de su poesía. En el poema *A mi partido*, escribió: "Mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos" Su posición lo convertirá en portavoz de su verdad doctrinaria y dejará profundas huellas en su obra. Su escala de valores se modifica y coloca en el tope de la jerarquía la solidaridad y el compromiso.

Para Neruda la poesía debe estar a las órdenes de causas justas, tiene que cumplir una misión: procurar el cambio social, luchar contra la injusticia. Su alegato se parece al que, en su tiempo, hiciera el filósofo inglés Francis Bacon en contra de la filosofía aristotélica por carecer de un fin práctico. Una poesía sin voluntad de cambio es una poesía vacía, hueca, egoísta, cerrada en sí misma. En *Las uvas y el viento* se rebela contra los poetas intelectualistas:

*(...) y bajo la basura
el poeta Eliot
con su viejo frac
leyendo a los gusanos. (poema Pasando por la niebla).*

*En otra parte haremos
una revista Sur de ganaderos
profundamente preocupados
de la métaphysique. (Poema Ahora canta el Danubio).*

*Viejos verdugos nazis
salen de nuevo y ladran
en los cafés, olfateando la sangre,
el arte abstracto y el conflicto del " alma "
son temas de las artes, salpicadas
con sangre y sexo (...) (Poema La ciudad herida).*

La poesía, entonces, debe ser el despertador de la sociedad, el motor de la transformación humana y social. Para el poeta no hay otro camino que el que le impone su deber profético. Su credulidad voluntarista lo llevará a ensalzar sin tapujos revoluciones lejanas, personajes históricos y epopeyas cotidianas del hombre común, todo bajo una interpretación materialista de la historia.

El mesianismo del poeta está presente en textos como *Oda a la claridad*.

*Debo
cumplir mi obligación
de luz(...)
Yo debo repartirme
hasta que todo sea día,
hasta que todo sea claridad
y alegría en la tierra.*

El siglo era un gran árbol verde, viviendo bajo el peso de los frutos maduros de la esperanza. El hombre sólo debía levantar su mano entre las ramas para adueñarse de los frutos. La vida nueva, la alegría, corría por las savias del siglo hasta la cercana luz solidaria. Así lo afirma en el poema *La ciudad de Las uvas y el viento*:

*Creo que vamos subiendo
el último peldaño.
Desde allí veremos
la verdad repartida,
la sencillez implantada en la tierra,
el pan y el vino para todos.*

En esta carrera de desenfrenado optimismo, ciego de confianza, pone todas sus fichas laudatorias en un hombre que a la postre se convertirá en el verdugo de su militancia: Stalin. En las *Las uvas y el viento* dice:

*Stalin, con su paso tranquilo
entró en la Historia acompañado
de Lenin y del viento...*

*Stalin es el mediodía,
La madurez del hombre y de los pueblos.*

*Stalinianos.
Llevamos este nombre con orgullo(...)
Levantando el amor sobre la tierra*

*con la palabra Stalin
en millones de labios.*

El habitante y su desesperanza

Pero el drama de Neruda se desencadena cuando en sus construcciones imaginarias hace irrupción la realidad. Y tiene una fecha precisa: 1956. En este año, Nikita Kruschev, el líder soviético, da a conocer los crímenes de Stalin. En el poema *El culto* (I) desgrana su desesperanza:

*Ay qué pasión la que cantaba
entre la sangre y la esperanza:
el mundo quería nacer
después de morir tantas veces:
los ojos no tenían lágrimas
después de haber llorado tanto(...)*

*Y cuando ya crecieron las flores,
las cinerarias del olvido,
un hombre volvió de Siberia
y recomenzó la desdicha.*

*(...) y ahora sin comprender nada
y sin conocer la verdad
nos pegamos en las paredes
de los errores y dolores
que partían desde nosotros
y estos tormentos otra vez
se acumularon en mi alma.*

El Sentimiento de culpa lo sacude entero. De la culpa pasa al arrepentimiento y del arrepentimiento a la duda. Pero se superpone a la crítica feroz y a la autocrítica (que fue más feroz aún). Confiesa en *Fin de mundo*:

*Yo fui férreo en este dolor
y registrando los tormentos
dentro de mi alma desollada
después de cargar con la muerte
me puse a cargar con la duda
y luego es mejor el olvido*

para sostener la esperanza.

Neruda postula una curiosa salida, coherente con su prédica humanista. El ser humano, a pesar de todos sus defectos, no es malo por naturaleza. Su maldad emerge cuando fuerzas exteriores lo condicionan o lo obnubilan dejándolo a merced de fuerzas ciegas. Esta postura la aplica a la política. Stalin no es perverso por naturaleza, nos dice. Fue el demonio, el poder, las tinieblas, o cualquier otra cosa, lo que lo empujó a cometer el crimen múltiple contra su pueblo.

Entonces opina que una cosa es el comunismo y otra, los hombres que lo llevan a cabo. Esta es sencillamente la vía que todos los comunistas han tenido que tomar para seguir firmes en sus convicciones. El comunismo es entonces una abstracción incólume, perfecta en su inaplicabilidad. Para remediar este mal en el poema XXVII del libro *Elegía* ataca el individualismo autoritario:

*Que nunca más la tierra deje entrar
la materia de dioses o demonios
al corazón de los gobernadores:
que no se muestre el cielo individual
o el caprichoso infierno solitario:
pégale con la piedra del Partido,
pícalo con la abeja colectiva,
rompe el espejo, córtale la soga,
para que en el jardín triunfe la rosa.*

Neruda creía ya que los excesos de los gobernantes impedían cristalizar la esperanza colectiva. Los líderes no deben tener todo el poder, decía. Pero el equilibrio fiscalizador está en manos del Partido (no en una oposición verdadera) y en manos del pueblo.

En otras palabras, no se debe dejar que líderes buenos como el Stalin de la primera época se corrompan y destruyan todo el proyecto social del sistema. Una postura nada creíble en nuestros días. Esta postura antipersonalista le traerá problemas con otros líderes comunistas. En el poema "A Fidel Castro" dice:

*Está llena de tantas esperanzas
que al beberla sabrás que tu victoria
es como el viejo vino de mi patria:
no lo hace un hombre sino muchos hombres
y no una uva sino muchas plantas:*

*y no es una gota sino muchos ríos:
no un capitán sino muchas batallas...*

En estos versos Neruda le advierte a Castro que el dueño de la revolución es el pueblo y no un líder. Según el poeta, Castro nunca le perdonó la osadía. Ese rencor fue, según el poeta, el móvil de la acusación en su contra que firmaron los intelectuales cubanos cuando viajó a Estados Unidos, invitado por el Pen Club, en junio de 1966, acusación que tomó en cuenta la condecoración que recibió en Perú de manos de Fernando Belaúnde, el presidente que en aquel tiempo combatía la guerrilla peruana apoyada por La Habana. .

Hasta su muerte proclamó su lealtad al Partido Comunista, a la revolución cubana, al comunismo soviético, pero en privado opinaba de otra manera. Nunca más creyó en la verdad de un solo hombre, sea éste un jerarca soviético, Fidel Castro o Mao Tse Tung. Al líder chino dirigió estos versos:

*Sus oraciones reunidas
en un cuaderno escarlata
formaron el frasco infalible
de píldoras medicinales.
Lo cierto es que nadie mandó,
sino aquel hombre enmascarado.
Él otra vez pensó por todos.*

Era el tiempo de la Guerra Fría. La actuación del poeta estaba respaldada por su partido, pero denostada por sus detractores. A nivel internacional el comunismo soviético sometía a sangre y fuego a los países del Este de Europa. Públicamente el poeta se mostraba fiel a la actuación del Kremlin, pero íntimamente su reticencia crecía. Así lo hace en el poema "1968", publicado por el poeta cuatro años antes de su muerte:

*La hora de Praga me cayó
Como una piedra en la cabeza (...)*

*Sufrimos de no defender
la flor que se nos amputaba
para salvar el árbol rojo
que necesita crecimiento.*

*Fue fácil para el adversario
echar vinagre por la grieta
y no fue fácil definir*

*y fue más difícil callar.
Pido perdón para este ciego
que veía y que no veía.*

Sabía que sus críticas debían ser cuidadosas, medidas, para no avivar las razones del enemigo. Más aún en momentos en que el candidato de los socialistas, Salvador Allende, sumaba cada vez mayor apoyo popular. En sus obras, subrepticamente, empieza a mostrar su desencanto. Y a sus allegados más cercanos deja caer ácidas críticas. Cuando Jorge Edwards, su amigo, terminó de escribir *Persona non grata*, un libro que denostaba al régimen cubano de Fidel Castro, no se siente con la altura moral para acallar su contenido. Sólo le aconseja que lo publique en el momento apropiado.

No hay verdad

En *Fin de mundo* la visión histórica del poeta se vuelve pesimista. Comienza a perder las esperanzas de que los cambios sociales y políticos impulsados en su obra se realicen durante los últimos años de su vida. El siglo parecía avanzar por caminos paralelos, movido por fuerzas complejas, contradictorias. Al admitir que “ la verdad es que no hay verdad ”, Neruda comprende que todo dogmatismo es inviable y que hasta los enemigos, a veces, pueden tener la razón. Hernán Loyola sostiene que toda su poesía final incluía una “ *meditación sobre la realidad desde la situación de un hombre comprometido que incluía su propio compromiso como parte del problema, como parte del paisaje de sus reflexiones* ”.

Pero el vate no se aparta de la política. En Chile los socialistas y comunistas vivían momentos de agitación y euforia. Los partidos de izquierda, frente a la posibilidad cierta de llegar por fin al gobierno, intentaban ponerse de acuerdo. Neruda recorre el país para ganar adeptos y para afianzar la unidad de los partidos de izquierda. Su mediación resulta crucial en la conformación de un frente común.

En 1970 la Unidad Popular llega al poder. Neruda es nombrado embajador de Chile en Francia. En sus escritos defiende la experiencia socialista del presidente Salvador Allende y acusa al imperialismo de Estados Unidos que opera en Vietnam y en América Latina. El régimen de Richard Nixon, en complicidad con sectores del centro y de la derecha chilena,

toma represalias económicas contra el gobierno de Allende. Neruda contraataca con un libro combativo: " Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena ". El libro comienza con estos versos:

*Es por acción de amor a mi país
que te reclamo, hermano necesario,
viejo Walt Whitman de la mano gris,*

*para que con tu apoyo extraordinario
verso a verso matemos de raíz
a Nixon, presidente sanguinario.*

Sin embargo, en versos de sus últimos libros continúa la crítica al régimen comunista ruso y a lo que a veces llamaba el " falso realismo " en el arte. Los versos que corresponden a su última etapa política implican, en este sentido, una vuelta a su poesía inicial. El poeta sexagenario, aunque nunca renegó de su militancia comunista, va acallando su prédica mesiánica, su mensajería de profeta y en cierta manera retorna a una crítica de carácter anarquista, soterrada, descreída, de su rebeldía adolescente.

El tiempo le daría la razón. Decía a sus amigos íntimos que la experiencia socialista en Chile no era de fácil aplicación. La veía jaqueada por fuerzas internas y externas. Una vez más la concreción de los ideales chocaba con la realidad. Los intereses mezquinos, la insensibilidad, la pugna por el poder, los errores propios y ajenos, terminaron por derribar la ilusión de un mundo mejor para los desamparados y más humano para todos los hombres. Neruda, como nadie, llora el fracaso desde su eterna trinchera de combatiente.

Una vez más el Neruda militante vuelve al Neruda trasgresor, anárquico, poeta. Una vez más el viajero inmóvil corta los lazos externos y regresa a su centro invariable.